

las grandes ciudades: los de San Leu y de San Eustaquio de París tenían 10.000 libras de renta y algunos del territorio de Caux, en Normandía, 20.000; en Lorena, en la diócesis de Nancy, de 168 curatos, 43 producían más de 2.000 libras. Pero la inmensa mayoría disfrutaba de un sueldo insuficiente y hasta miserable. El diezmo, cobrado sobre los frutos de la tierra y de los rebaños, primitivamente destinado al culto y a sus ministros, correspondía de derecho al párroco, y así se decía: «El párroco para ser diezmero no necesita más título que el campanario de su parroquia;» pero una parte de los diezmos había sido usurpada por los señores, y los obispos, en su cualidad de primeros pastores, percibían otra parte que asignaban al cabildo de la iglesia catedral ó á monasterios. Varias iglesias habían sido fundadas por congregaciones, cabildos ó particulares que las hacían regir por «vicarios perpetuos» y se reservaban una parte del diezmo, y esos «grandes diezmeros,» como se les llamaba, venían obligados á dejar á los párrocos una parte que se denominaba «la porción congrua.» Una declaración de 23 de febrero de 1686 había fijado en 300 libras, para los párrocos, esta porción, que, en 1768, había sido elevada á 500 libras para aquéllos y á 200 para los vicarios y que Luis XVI aumentará en 1786, hasta 700 libras para los primeros y 350 para los segundos; pero este aumento no era más que una compensación por la disminución del valor del dinero en el transcurso de un siglo; así es que dondequiera que se veían reducidos á «la porción congrua,» los párrocos y los vicarios vivían miserablemente.

De conformidad con el espíritu del Antiguo Régimen que hacía pesar los impuestos sobre los que menos podían soportarlos, el alto clero carga, hasta donde puede, sobre el bajo clero las décimas ordinarias y extraordinarias que se perciben por decisión de la asamblea general del clero para el pago del donativo gratuito.

«A los párrocos, aun los que están á porción congrua, dice el abogado del Parlamento, Gualtero de Biauzat, en 1788, se les imponen 60, 80 y hasta 120 libras, y á los vicarios que sólo viven del fruto de sus sudores, 22. Los 34.802 párrocos de Francia pagan, pues, á la caja del clero 3.897,024 libras anuales... Los grandes beneficiados y los prelados pagan, en proporción, mucho menos» (1).

El pie de altar, muy productivo en las ciudades, no produce casi nada en el campo, pues los aldeanos son mezquinos en punto á sacramentos y al sostenimiento de la iglesia y de la casa rectoral, produciéndose «contendidas continuas» que deprimen el alma del párroco «tanto como la agrían.» Párrocos hambrientos postulan ó mendigan, beben con sus feligreses y les venden la absolución. «La última clase del orden sacerdotal,» escribe un campesino en 1789, está formada «de las barraduras de las escuelas;» los sacerdotes «de caridad y de necesidad,» es decir, los ecónomos y los vicarios, «son tan groseros ignorantes como los pueblos» y en el púlpito se entregan «á indecentes familiaridades» y algunos, en la vida privada, «á desórdenes criminales.»

Por esto el alto clero desprecia al bajo y no lo admite

(1) Citado por Chassin, *Les cahiers des curés*, pág. 67

en sus asambleas generales (2), y si un párroco es llamado á las asambleas diocesanas para el reparto del diezmo, asiste á ellas como elegido del obispo, no como representante de sus colegas, aparte de lo cual el papel que allí desempeña es el de comparsa. Los párrocos son también excluidos de los Estados provinciales. En el Langüedoc, aun en las asambleas de diócesis, sólo entran unos pocos y no tienen mayor participación en las asambleas provinciales; en la del Alto Garona encontramos únicamente uno, y uno también en la de la Alta Normandía. Los párrocos de las diócesis de Nancy se quejan de que entre once eclesiásticos que toman parte en la asamblea provincial, no haya «más que uno de los suyos, y aun éste es deán de un cabildo.»

En teoría, el párroco propiamente dicho es inamovible, no pudiendo ser trasladado ni destituido sino por indignidad y por otras razones canónicas; pero de hecho los obispos se arrogan jurisdicción sobre los párrocos, como sobre los vicarios y los simples ecónomos; antes de nombrarlos hácenles firmar, á veces, el compromiso de que dimitirán á la primera intimación y en caso de necesidad se desembarazarán de ellos por medio de reales órdenes de destierro. A Lhermite, párroco de Trois-Valois, en Lorena, amigo de pleitos y cuestiones, el obispo de Saint-Dié, La Galaiziere, hizolo encerrar durante dos años en el monasterio de Herival, lo recluyó luego en un convento alsaciano y por último lo metió en la casa de corrección de Maxeville, cerca de Nancy, en donde estuvo preso desde 1780 á 1789.

Los obispos hacen sentir demasiado á los párrocos de todas categorías que son de otra raza que ellos, y hasta algunos prelados evangélicos desdeñaron á esos subalternos: Cristóbal de Beaumont jamás hizo visitas pastorales á fin de no tener que devolver á los párrocos sus finezas.

Un obispo, en una de esas visitas, mostróse muy amable con los párrocos; pero he aquí lo que de ellos escribe en 1777:

«Ahora visito á esos hermanos, á esos tutores, á esos árbitros del pueblo á quienes tanto he elogiado. Bueno es hablar como Fenelón, pero en realidad esas gentes á quienes tan bellas cosas pueden decirse no pueden entenderlas, pues son groseras, sucias é ignorantes y menester es que á uno le guste mucho el olor apestado del ajo para hallarse bien en compañía de esos intermediarios entre el cielo y la tierra.»

Los párrocos tuvieron sus defensores. En 1776 publicó un libelo anónimo, *Droits des curés et des paroisses* (*Derechos de los párrocos y de las parroquias*) en el que se sostenía que los párrocos son amos en sus parroquias, que deberían compartir con los obispos el poder de definir la fe, y que por el sólo hecho de su ordenación tienen el poder de las llaves «y el uso de este poder,» sin que los obispos puedan privarles de él por razón alguna. Era aquella una obra de inspiración jansenista; el partido, abandonado por el episcopado, procuraba apoyarse en los párrocos. Pero á éstos lo que más les dolía era su miseria; el de Marolles, en Nor-

(2) El segundo orden, que así se denominaba al bajo clero en aquellas asambleas, sólo estaba representado por los grandes beneficiados, los abades y los canónigos, con exclusión de los párrocos y de los vicarios. El bajo clero es, en realidad, un tercer orden, un tercer Estado de la Iglesia.

mandía, escribirá en 1789 esta violenta queja que respira odio:

«Nosotros, infortunados párrocos de porción congrua; nosotros, generalmente encargados de las parroquias más difíciles;... nosotros, cuya suerte hace gritar hasta á las piedras y á las vigas de nuestras miserables rectorías,» sufrimos á unos prelados «que mandarían aún algunas veces incoar por sus guardas un proceso contra el pobre párroco que cortase en sus bosques un bastón, único apoyo en sus largas peregrinaciones por toda clase de caminos.» Al paso de aquéllos, el pobre hombre «se ve obligado á arrojar á tuestas á lo largo de un talud para evitar las pisadas y las salpicaduras de sus caballos y también de las ruedas, y quién sabe si el latigazo de un cochero insolente;» y luego, «lleno de barro, con su mísero bastón en una mano y su sombrero en la otra ha de saludar humilde y rápidamente, al través de la portezuela del coche cerrado y dorado, al jerrarca postizo que ronca sobre la lana del rebaño que el pobre párroco va apacentando y del cual sólo le deja aquél los excrementos y el churre (1).»

En varias ocasiones, durante el siglo XVIII, los párrocos se habían reunido aquí y allá, sin autorización de su obispo, para tratar de mejorar su suerte; los parlamentos habían aprobado algunas veces aquellas asambleas, pero el Consejo de Estado las había condenado siempre. En tiempo de Luis XVI los párrocos reanudaron aquellas reuniones y en 1779 algunos de Provenza y del Delfinado se sindicaron á fin de obtener un aumento de porción congrua. En un informe de la agencia general del clero se lee á este propósito:

«Nombraron síndicos, deliberaron, presentaron memorias, nombraron diputados en París, un síndico general y un recaudador de contribuciones; formaron un comité permanente que debía ser el centro de la correspondencia, y sus asambleas fueron autorizadas por los decretos de los parlamentos de Provenza y del Delfinado.»

El alto clero consiguió del rey la declaración de 9 de marzo de 1782, que prohibía á los párrocos reunirse en asamblea y nombrar síndicos; pero los párrocos del Delfinado siguieron reclamando y el rey acabó por ordenar en 1786, como se ha visto, el aumento de la porción congrua.

Pero los párrocos querían más y algunos laicos les aconsejaban casi la insurrección; Servant, ex abogado general del parlamento de Grenoble, deciales en una *Exhortation pressante aux trois ordres de la province du Lanquedoc* (*Exhortación apremiante á los tres órdenes de la provincia del Langüedoc*):

«¿No acabaréis nunca de temblar, prosternados ante vuestros obispos?.. Despertad y sed libres bajo la égida de las leyes. Jamás podré creer que hombres que han leído siquiera algunas páginas sobre los derechos del ciudadano, puedan soportar sin cólera la idea de ver pisotear, aplastar sus cabezas por puñados de hombres forasteros en la provincia y á veces extranjeros en el reino, elegidos todos por la intriga en Versalles y consagrados por la avaricia en Roma.»

Algunos párrocos habían leído ciertamente «páginas sobre los derechos del ciudadano;» y los hay, por

(1) Citado por Taine, *L'Ancien Régime*, I, pág. 118-119.

ejemplo que dicen, en 1788, en una *Mémoire pour les curés de France touchant la convocation des Etats généraux* (*Memoria para los párrocos de Francia sobre la convocación de los Estados generales*) que ellos son «la substancia del clero» y piden una representación propia, libremente elegida, en los Estados generales. Y en un folleto, *Les curés du Dauphiné à leurs confrères les recteurs de Bretagne* (*Los párrocos del Delfinado á sus colegas los párrocos de Bretaña*), se lee:

«Los obispos son los jefes de la jerarquía eclesiástica pero... en materia civil y política, no son sino ciudadanos como nosotros... ¡Que nos dejen tener ideas propias!.. El interés del pueblo y de los párrocos son inseparables. Si el pueblo sale de la opresión, los párrocos saldrán del envilecimiento en que les ha sumido el alto clero.»

El antagonismo entre el alto y el bajo clero había de tener consecuencias graves; pero el alto clero no se preocupó de ello sino que despreció é hizo padecer hambre á la democracia clerical, sin sospechar que ésta pudiera tomar el desquite. Aquellos obispos, sin embargo, no carecían de méritos ni de virtudes; tenían los defectos de la clase social de donde procedían, pero tenían también sus buenas cualidades. Ligeros, despreocupados y mundanos, eran, en su mayoría, inteligentes é instruídos, y más aún que la aristocracia de la que salían eran capaces de organizar y dirigir un *self government* provincial ejercido por las clases elevadas y en provecho de ellas y hasta de tomar parte en las tareas de la alta cámara de un Parlamento. No preveían una resolución rudamente igualitaria, y parece que al aproximarse la Revolución, entre el alto clero fué donde menos se temió por el porvenir.

CAPÍTULO III

LA NOBLEZA (2)

I. La alta nobleza. — II. La nobleza media y pequeña. — III. El descontento.

I.—La alta nobleza

La nobleza de Francia es menos conocida que el clero, puesto que no tiene verdadera jerarquía, ni cuerpos territoriales, ni asambleas regulares con actas publicadas, sino que se nos presenta como una gran

(2) FUENTES: Memorias de Malouet, Augeard, Besenval, Garat, d'Argenson, Segur, Bouillé Des Cars, *Mémorial de Norvins*, ya citadas. Chateaubriand, *Mémoires d'outre-tombe*, pub. por Biré, t. I, París, 1900. A. Young, *Travels in France during the years 1787, 1788, 1789*, pub. por miss Betham Edwards, Londres, 1905 (véase la crítica de las traducciones francesas de esta obra, por Pariset, en «La Revolution française,» 1896). *Mémoires*, de Franclieu, París, 1800.

OBRA DE CONSULTA: Taine, *Les origines de la France contemporaine. L'ancien régime*, ed. París, 1906, 2 vol. Boiteau, *État de la France en 1789*, 2.ª ed. París, 1889. De Vaisiere, *Gentilshommes campagnards de l'ancienne France*, París, 1903. Id. *Lettres d'aristocrates*, París, 1907. Champion, *La France d'après les cahiers de 1789*, 2.ª ed. París, 1904. D'Haussonville, *Le salon de Mme. Necker*, París, 1882, 2 vol. Fernando Dreyfus, *Un philanthrope d'autrefois, La Rochefoucauld-Liancourt*, París, 1903. See, *La portée du régime seigneurial au XVIII^e siècle*, en la «Revue d'histoire moderne,» 1908. De Lomenie, *Les Mirabeau*, París, 1879, 2 vol.

masa inorgánica en la que se mueven grupos muy diferentes unos de otros y sin ninguna relación entre sí. Además continúa invadida por usurpadores y se ha renunciado á aquellas «investigaciones» por las que descubriría en otro tiempo á los falsos nobles para reintegrarlos en la clase de contribuyentes y la última de las cuales data de 1703. Guyot escribía en su *Repertoire de jurisprudence* (*Repertorio de jurisprudencia*):

«Los usurpadores no guardan ninguna moderación; los hidalgos no calificados, hasta los ennoblecidos toman osadamente la condición de altos y poderosos señores; los simples escuderos, la de caballeros; y plebeyos muy conocidos se hacen anunciar como marqueses, condes, barones y vizcondes y adoptan el título de tales, si no se contentan con el de escuderos, en los documentos que firman.»

Toda la gran nobleza estaba agrupada en torno del rey. Algunos nobles ilustres, como el duque de Luxemburgo y el de Nivernais, ricos ambos, conservaban su casa propia é iban á la corte, sin ser en ella «acuartelados;» y los duques de Charost y de La Rochefoucauld Liancourt y Choiseul, antes de su desgracia, vivían en sus tierras, ocupándose principalmente de agricultura, á fuer de discípulos y amigos de los Fisiócratas. Pero estas eran escepciones, pues los cargos de la corte son ocupados por nombres preclaros. Dentro del conjunto del orden, la nobleza de la corte constituye una clase aparte.

Vive en las residencias reales, en Versalles, en Trianón, en Fontainebleau, y en casas de los príncipes: en la de Monsieur, en el Luxemburgo y en Brunoy; en la del conde de Artois, en Meudón, en Bagatelle ó en Maisón; en la del duque de Orléans, en el palacio real, en Monceaux, en Rainey ó en Villers-Cotterets; en la del príncipe de Condé, en el palacio de Borbón ó en Chantilly; y en la del príncipe Conti, en el Temple ó en la Isla-Adam. Pero los más ricos de los nobles de la corte tienen, al mismo tiempo que alojamiento en ésta ó casa en Versalles, palacio en París y quintas en el campo. El mejor de los nuevos palacios en París, el de Soubise, había sido construído cerca del Temple y del palacio de Rohán; pero en la segunda mitad del siglo los barrios del Marais y del Temple son abandonados por la aristocracia que se traslada al arrabal de San Germán ó á los bulevares, en donde el duque de Richelieu construyó el pabellón de Hanóver.

La vida de castillo es más animada que en tiempo de Luis XIV. El monarca ya no vigila como antes la corte para notar las ausencias y la gente alegre se da cita en el campo durante el verano: en Harcourt, hay sitio para ochenta habitaciones que están siempre ocupadas, Luis XIV no habría permitido tales «reuniones.» La caza es una de las pasiones de la alta sociedad; en Brienne hay cien caballos de caza y ciento cincuenta perros. Ya hemos visto la espléndida regía de las cacerías de Saverne. Por la noche los contertulios se sientan á las mesas de juego ó se pasean ó bailan en los parques iluminados.

En el campo, en Versalles, en París, hace furor el teatro. Los más ilustres personajes salen á la escena; la reina representa en Trianón, entre otros papeles, el de Rosina en *El matrimonio de Figaro*, y el duque de Orléans llega á ser una especialidad en los papeles de

aldeano. Con estos actores nobles mézclanse actores de profesión, y las actrices y cantantes son muy solicitadas por grandes señores laicos ó eclesiásticos: la Rancourt se jacta de la amistad del duque de Lauraguais y del príncipe de Henin; la Guinard, «Musa de la danza,» es mantenida por banqueros, por el viejo mariscal de Soubise y, se dice, que también por el obispo de Orléans, de Jarente. El conde de Artois se arruina una primera vez con la señorita Du The y una segunda, después que el rey ha pagado sus deudas, con la señorita Comtat. A la alta sociedad agrádanle también los géneros inferiores de espectáculos; va al Ambigu-Cómico á ver los polichinelas de Audinot y á las Varietés Amusantes á ver al actor Volange, hábil en los personajes de bobo; frecuenta en los Campos Elíseos el teatro Gracioso, en donde se representan piecicillas; acude á los circos del Palais Royal y del bulevar del Mediodía y á las luchas de toros, en la carretera de Pantín, y se interesa por los ejercicios de los saltimbanquis. El conde de Artois sabe bailar en la cuerda tirante. Aquellas gentes se divierten «encanallándose.»

Se bailaba mucho y era razón para agradar á la reina el ser guapo mozo como Adhemar, Caramán ó Galliffet. Continuaban entusiasmando los disfraces que se ostentaban en una fiesta campestre ó en un baile. En las fiestas campestres, que estaban muy de moda, las damas se vestían de aldeanas, de ramilletteras ó de grisetetas, y en un baile, vióse al viejo Maurepás disfrazado de Cupido, á Sartine de Neptuno y á Vergennes llevar en el cuello un mapamundi, sobre el corazón un mapa de América y en la espalda uno de Inglaterra.

Aquella sociedad elegante vivía en lugares deliciosos. Desde mediados del siglo, las alamedas rectas de los parques han sido substituídos por caminos sinuosos, los cuadros de verdura por prados y los estanques de piedra por aguas corrientes. Debajo del follaje murmuran cascadas; constrúyense pórticos y con los bustos clásicos alternan estatuas de dioses y diosas de formas más vivas que en el siglo anterior. El mueblaje de las habitaciones ha tomado más importancia y desde 1781 todos los palacios reales están amueblados permanentemente, así como antes el mobiliario seguía á la corte en sus cambios de residencia. Fué aquél un gran tiempo para los ebanistas, que hicieron fortunas, y para los artistas del mobiliario. En las recepciones de toda clase, en las fiestas y en los paseos, notábase un derroche de trajes y de adornos. Las mujeres se entusiasman con modas cada vez más extrañas y sobre peinados de «puerco espín,» de «cuna de amor,» de «casco inglés,» de «cuerno de la abundancia,» de «suspiros ahogados,» de «quejas amargas,» colócanse penachos y encima sombreros de enorme vuelo. Llevan tontillos y colas de seda ó de paño, de colores de pulga, cabellos de la reina, ópera quemada, etc., cúbrense de bordados, de encajes, de joyas y de diamantes y van siempre acompañadas de una chuchería viviente, galgo, sabueso, angora ó negro.

Aquella vida costaba cara y pocas fortunas bastaban á pagar el lujo de la misma; de aquí que se tendieran tantas manos al rey, quien no podía llenarlas todas. De aquí también que en todas partes se tomaron por asalto las mesas de juego. Se juega en la corte, pero el rey lo hace de mala gana y no arriesga más que peque-

ñas cantidades; dícese que una noche fué á sorprender á los jugadores y que al enterarse de que la reina perdía cien mil escudos le dirigió palabras muy duras. Envió á sus regimientos á oficiales que en el juego se habían arruinado; mas no pudo atajar aquella locura. Varias veces pagó las deudas de la reina, y pagó dos millones que había perdido el conde de Artois. Algunas partidas fueron célebres; por ejemplo, una de faraón, en Fontainebleau, que duró treinta y seis horas casi sin interrupción. Un marqués de Chalabre se hizo famoso por haber perdido un día en el juego 84.000 libras y haber ganado otro 1.800.000. En París, júgase en el Luxemburgo, en casa de Monsieur, en el Palais-Royal, en casa del duque de Orléans y en casi todos los salones y en garitos cuyo número aumenta á pesar de los decretos del Parlamento, de 1777 y 1781, ordenando su clausura. Algunos embajadores ó encargados de negocios extranjeros alquilan á los empresarios de juegos, locales protegidos por la inmunidad diplomática. Se cruzan apuestas en las carreras, cuya afición, procedente de Inglaterra, empieza á propagarse, y el conde de Artois, el duque de Orléans y Lauzín tienen famosas caballerías. Por otra parte, la Bolsa de París, creada en 1724, ha llegado á ser un mercado rival de Londres y de Amsterdam, y la gente especula, por medio de operaciones á plazo (1), sobre los valores públicos, las acciones de la Compañía de las Indias, de la Caja de descuentos, de las sociedades de seguros, de las compañías comerciales y de la Compañía de las aguas. Las acciones de esta última suben desde 1.200 libras á 3.800 «porque hombres poderosos abusan de su crédito para apoderarse de todo y dan valor hasta á las cosas más ideales.» Hácese grandes jugadas de bolsa; así el abate d'Espargnac gana cuatro millones revendiendo acciones de la Compañía de las Indias que había acaparado.

Otro procedimiento, muy usado, de proporcionarse dinero, es contraer deudas. Montesquieu había definido al gran señor en los términos siguientes: «Un hombre... que tiene antepasados, deudas y pensiones;» y á fines del siglo escribía Coyer: «Es ser muy vulgar preocuparse de sus deudas, puesto que éstas denotan y afirman la grandeza. Puede apostarse á que quien debe dos millones es doble gran señor que el que sólo debe uno.» El conde de Artois, á la edad de 25 años, debe 24 millones; en 1789, los bienes del duque de Orléans son evaluados en 114 millones y sus deudas en 74; Choiseul, que posee 14 millones, debe 10; Lauzín ha consumido 300.000 libras de renta y debe dos millones; y al señor Montmorin su sastre le reclama 1.200.000 libras que le debe. Y aun podríamos citar otros muchos ejemplos de personajes cargados de

(1) Las operaciones á plazo, dice un decreto del Consejo, de 1785, que las prohíbe, «faltas de causa y de realidad, no tienen, según la ley, ningún valor y dan lugar á una porción de manejos insidiosos que tienden á desnaturalizar momentáneamente el tipo de los efectos públicos, á dar á unos un valor exagerado y á dar á otros un empleo capaz de desacreditarlos. De ello resulta un agiotaje desordenado que todo comerciante prudente reprueba, que confía al azar la fortuna de los que cometen la imprudencia de entregarse á él, aleja los capitales de colocaciones más sólidas y más favorables á la industria nacional, excita á la codicia á perseguir ganancias desmedidas y sospechosas y substituye con un trabajo ilícito las negociaciones permitidas.»

deudas. Cuando en tiempo de la Restauración se pagará la indemnización á los emigrados, se verá que casi todas las fortunas de la alta sociedad estaban hipotecadas. Varios escándalos indignaron á la opinión pública: la marquesa de Saint-Vincent, nieta de la señora de Sevigné hizo circular, con la firma falsa del anciano mariscal de Richelieu, billetes de crédito por 450.000 libras, que ella decía que eran el precio de sus complacencias. Pero el escándalo mayor fué la quiebra de la casa Rohán-Guemenee por 33 millones; entre los acreedores, había infelices marineros bretones cuyas economías tomaba el príncipe de Guemenee para convertirlas en rentas vitalicias.

La alta sociedad ó, mejor dicho, aquella parte de la alta sociedad cuyo género de vida atraía las miradas, era inmoral bajo todos conceptos: el conde de Artois, el duque de Chartres, el príncipe de Henin, el príncipe de Soubise y el duque de Bouillon eran hombres francamente disipados; la marquesa de Boufflers, la de Menars y la duquesa de Mazarino habían perdido la cuenta de sus galanteos. Atribuíanse perversas curiosidades á damas muy ilustres; el matrimonio no era ya más que un contrato para asegurar la continuidad de las familias; el amor entre esposos se consideraba ridículo, y marido y mujer se perdonaban mutuamente las debilidades y las aventuras. No había grandes pasiones ni siquiera en el amor libre, y Chamfort definía el amor: «la reciprocidad de dos caprichos y el contacto de dos epidermis.»

De esta suerte la alta sociedad noble, por el escándalo que daban un número bastante grande de sus miembros, acababa de desacreditarse y ese descrédito se extendía á toda la nobleza.

A la nobleza de la corte quedábale, sin embargo, una virtud y era la de servir con entusiasmo al rey en la guerra. En los campos de batalla, escribe el marqués de Argensón, veíase á «nuestros jóvenes, tan endeblés, tan delicados, enervados por el lujo y el refinamiento de los placeres,» portarse como «héroes». Pero desgraciadamente, dice el abogado Barbier, estaba insuficientemente preparada para la profesión militar ó cuando menos para el mando:

«La nobleza rica pone á sus hijos en el colegio y luego en la Academia para que monten á caballo y aprendan el ejercicio de las armas; después son mosqueteros, capitanes de caballería y los más influyentes tienen, á la edad de diez y ocho ó veinte años, un regimiento, sin tener ninguna práctica militar. Pasan su juventud en el lujo, en los placeres, en la disipación al lado de las mujeres; tienen más cortesía que educación, pero carecen de las ciencias necesarias, de detalles; son muy valientes para batirse, pero de muy poca aptitud para mandar. A esto se debe que tengamos tan pocos generales y hasta tan pocos oficiales generales buenos.»

Las escuelas militares que fueron instituídas en el siglo XVIII, llegaron muy tarde para remediar el defecto de educación y en realidad lo remediaron muy imperfectamente. La nobleza ya no proporcionaba grandes soldados, y en el año de Fontenoy Luis XV se asombró de que sus dos mejores generales fueran extranjeros, el mariscal de Sajonia y el conde de Lowendahl.